

Jesús Manuel Jáuregui Moreno: Símbolo de la integración andina en el tiempo histórico del Gran Estado los Andes. (1881-1899)

José Pascual Mora García *

Resumen

Esta investigación busca hacer una primera aproximación al problema de la andinidad y la tachiraneidad desde la óptica de la Historia de las Mentalidades, porque la integración andina no es un problema de decretos o buenas voluntades sino que está vinculada a manifestaciones más profundas, como el imaginario colectivo que se remonta incluso al tiempo prehispánico, pero sobre todo, a la mentalidad gestada en los últimos 500 años. Una de las manifestaciones más resaltantes de la integración andina fueron los esfuerzos realizados a fines del siglo XIX, por Jesús Manuel Jáuregui Moreno (1848-1905), ilustre levita de origen trujillano, que trabajó en Mérida y más tarde se trasladó a La Grita, Distrito Guzmán de la sección Táchira del Gran Estado Los Andes, donde realizó una laudable labor en lo religioso y en lo político, pero por encima de todo, en lo pedagógico, bajo la dirección del Colegio Sagrado Corazón de Jesús. De allí egresó una élite intelectual de gran importancia en los gobiernos de Castro y Gómez.

Palabras Claves: Andinidad, Tachiraneidad, Historia de las Mentalidades.

Symbol of the Andean integration in the time

ABSTRACT: *This investigation intends to be an approach, from the Mentalities History optic, to the problem of the Andinidad and the Tachiraneidad. Andean integration is not an ordinance or good will matter, but rather it is linked to deeper manifestations, ace the imaginary one collective that even goes back to the prehispanic period, but mainly, is referred to the mentality gestated in the last 500 years. One of the Andean Integration most significative manifestations was the efforts carried out at the end of the XIX century, by Jesus Manuel Jáuregui Moreno (1848-1905), illustrious trujillean levy that worked in Mérida, and lives to in La Grita, District Guzmán of the section Táchira of the Great State of Los Andes, where he carried out a praiseworthy work, religious, political and specially pedagogical in the Colegio Sagrado Corazón de Jesús direction. From this emerged an intellectual elite of great importance in Castro and Gómez governments.*

Introducción

Liniciamos estas reflexiones en el ánimo de rescatar el pensamiento de los gestores de la andinidad venezolana, pero también con la firme decisión de desmitificar algunos de los planteamientos de cierta historia tradicional que presenta el análisis de los acontecimientos en forma lineal y unidireccional. No se trata aquí de endiosar a los personajes que tuvieron un lugar protagónico en la historia ni de presentar un culto a la personalidad, sino de descubrir los elementos que fundan nuestras maneras de ser y de sentir. Intentamos pues una historia que está más allá de la inter-

pretación maniquea, que condena o salva según sea el interés de turno.

Al retomar algunas de las ideas sobre la integración de la andinidad venezolana a fines del siglo XIX, es necesario puntualizar ¿qué se entiende por andinidad?. Diremos de entrada que la andinidad venezolana tiene una raíz etnohistórica común, tal como lo han demostrado fehacientemente Clarac (1976), Wagner (1963), y Acosta Saignes (1952) entre otros. Curiosamente, la integración de la andinidad venezolana se entronca a partir de un imaginario colectivo común, no es ni siquiera la delimitación geográfica la que une a los andinos sino la mentalidad. La investigadora de la andinidad venezolana Jacqueline Clarac confiesa que su reconstrucción etnohistórica y antropológica sólo fue posible gracias al reservorio mental de los andinos, en sus propias

palabras señala que **«este logro se manifiesta principalmente en relación a las creencias y prácticas simbólicas de los andinos»**. (Clarac, 1985:8) Aspecto que Jáuregui también destacaba en sus estudios sobre los indígenas andinos al señalar que **«había entre ellos algunos indios a quienes llamaban Piaches o Mohanes. Estos eran los sacerdotes del simulacro de religión que tenían y además ejercían el arte de curar algunas enfermedades con yerbas cuyas virtudes conocían.»** (Jáuregui, 1999:106)

Esta especial inclinación del andino, se manifiesta, particularmente, en el tachirense, según lo demuestra Alruíz (1992): **«se expresa en una práctica por medio de la cual un sujeto social, el rezandero, opera resolviendo problemas de salud en personas, animales o plantas, en presencia o en ausencia del paciente, utilizando un ritual simple o complejo, que siempre incluye la oración.»** (Alruíz, 1992:13) La investigadora estudió la vinculación entre la teoría de la representación social (Moscovici) y el rezo, sobre una muestra de cinco rezanderos en el Estado Táchira, con el fin de obtener un conocimiento psico-social de la comunidad regional, y probar sus alcances y limitaciones. En tal sentido demostró que las prácticas respondían a manifestaciones religiosas ancestrales, que reflejaban más que enfoques personales consideraciones colectivas; **«la génesis del Rezo ocurrió en el siglo XVIII y sus constituyentes han manifestado una profunda continuidad histórica, con diferencias relativas o predominancias a través de las épocas. En lo fundamental, desde que el fenómeno alcanzó su maduración ha estado conformado por un sujeto social activo que reza porque tiene poder para hacerlo con eficacia, la oración o rezo, que en algunos momentos estuvo dotado de poder en sí, y un ente enfermo, persona, animal o planta.»** (Alruíz, 1992: 119-120).

La andinidad venezolana no es pues, un grupo homogéneo con conciencia de pueblo en el sentido que lo es el pueblo Alemán, es una re-

La andinidad venezolana no es pues, un grupo homogéneo con conciencia de pueblo en el sentido que lo es el pueblo alemán, es una región que tiene encuentros y desencuentros, puntos en común y puntos en diferencia, que en todo caso es una unidad más mental que real...

gión que tiene encuentros y desencuentros, puntos en común y puntos en diferencia, que en todo caso es una unidad más mental que real; y no por eso deja de ser científica si tomamos en cuenta los aportes que introduce las concepciones de la Nueva Historia, la Historia de las Mentalidades y la Historia de las Representaciones.

Dentro de la andinidad, conviene igualmente preguntarnos por otro de los términos que involucra epistemológicamente la investigación, como es la tachiraneidad. Sobre todo porque es el Táchira el centro de operaciones de uno de los símbolos de la andinidad: Jesús Manuel Jáuregui Moreno (1848-1905). Sin duda preguntarse por la tachiraneidad genera controversias, en principio podemos identificar por lo menos tres grandes tendencias: la primera, la que sostiene que el Táchira y la tachiraneidad es un invento reciente, en tanto es sólo a finales del siglo XIX que se conforma una conciencia de pertenencia a un grupo humano, el ser tachirense. Esta tesis es particularmente influenciada por Pedro María Morantes, quien sostiene que **«el Táchira se ha formado recientemente; casi podemos decir que San Cristóbal se ha levantado delante de nuestros ojos (...) nosotros no tenemos pasado y nuestro destino está todavía frente a noso-**

tros» (Alvarado, F. 1961:128). Esta visión tiene muchos defensores, el más descollante es sin duda Arturo Guillermo Muñoz, para quien la tachiraneidad es un “utillaje mental” compuesto por la fusión de los habitantes originarios y los diferentes grupos de inmigrantes que poblaron el Táchira a finales del siglo XIX, razón por la cual la tachiraneidad es un concepto frágil, hasta el punto que se pregunta **“si tachirense podría llamarse solamente al nativo o también al inmigrante que resolvió adoptar aquella tierra como suya para el resto de sus días.”** (Muñoz, 1985:65). En la tesis de Muñoz la tachiraneidad se conformó desde afuera, vale decir, a partir de la inmigración nacional y extranjera, y no desde adentro como debió ser lo propio.

La segunda, es la enunciada por Alfredo Angulo, evidentemente influenciada por la tesis de Muñoz, para quien la tachiraneidad es una visión **“más ideologizada que real, menos científica que política”** (Angulo, 1989:16). En este sentido la tachiraneidad sería más que otra cosa, un elemento publicitario -diríamos hoy- de un plan político gestado a fines del siglo XIX que ni siquiera involucró a todos los tachirenses porque **“los sesenta entran victoriosos a Caracas pero (he aquí otra paradoja) sin lograr penetrar exitosamente a la ciudad de San Cristóbal.”** (Idem)

Si la tachiraneidad la funda lo coyuntural entonces no puede ser estudiada como un elemento constitutivo de la mentalidad tachirense, ya que la mentalidad viene instaurada en el tiempo de larga duración, recordemos que los pueblos se integran por la mentalidad, vale decir, por el utillaje mental: los hábitos, las costumbres, las formas de amar y de vivir, por la comida, y en una palabra por la comprensión del mundo.

De manera que nos la tenemos con una gran disyuntiva: o bien la tachiraneidad es un elemento que unifica la mentalidad de un colectivo histórico y entonces habría que rastrearla en el tiempo de larga duración, o bien es una apreciación mo-

mentánea que caracteriza a un ideal ideológico-político y entonces no tiene porque ser vista como un elemento constitutivo de la mentalidad. Por el momento queda abierta la disyunción para que hagamos nuestras propias inferencias.

Y la tercera, la que sostiene que la tachiraneidad se ha fraguado con anterioridad a la misma fecha de reconocimiento de la antigua Provincia del Táchira, el 13 de marzo de 1856. Elementos de juicio que sustentan esta tesis los encontramos en los escritos de Marco Figueroa (1941), Aurelio Ferrero Tamayo (1967), J. J. Villamizar Molina (1972), Horacio Cárdenas (1978), L.G. Castillo Lara (1986), Rafael María Rosales (1990), además de la casi totalidad de autores de la Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses en donde se demuestra que la conformación de la ciudad de San Cristóbal, y de los demás pueblos del Táchira, no son producto de una apreciación momentánea sino que hay que hurgar en sus raíces fundadoras y hundir las huellas en el barro de los últimos quinientos años.

Si bien los historiadores tradicionales que han escrito sobre el Táchira aciertan en la forma de abordar el tiempo histórico, hay que aclarar que el tratamiento de los datos históricos está preñado por la tradición positivista, en donde se mantiene una visión más erudita que crítica de la historia. El acierto estaba en ubicar el problema de la conformación mental o psicológica del tachirense desde la época de la Colonia, pues ***“la dependencia política directa del Corregimiento de Pamplona y luego de Tunja, había variado radicalmente en 1607 con la creación del Corregimiento de Mérida de La Grita, en el cual se reunieron estas dos ciudades, Barinas, Gibraltar y la Villa de San Cristóbal. Ello se consolidaba en 1622 al elevarse el Corregimiento a Gobernación, la cual adquiriría vigencia en 1625 al posesionarse su primer Gobernador Juan Pacheco Maldonado. Con esto se había formado una unidad político-administrativa, que además de responder a una realidad geográfi-***

Si bien los historiadores tradicionales que han escrito sobre el Táchira aciertan en la forma de abordar el tiempo histórico, hay que aclarar que el tratamiento de los datos históricos está preñado por la tradición positivista, en donde se mantiene una visión más erudita que crítica de la historia.

ca agrupaba comunidades humanas, sobre todo La Grita y San Cristóbal, con más estrechas vinculaciones históricas, sociales, económicas y aún psicológicas. (Subrayado mío)” (Castillo Lara, 1989:319).

Esta tesis tiene gran importancia desde el punto de vista de la historia de las mentalidades, pues las mentalidades son estudiadas desde el concepto de tiempo de larga duración; concepto esbozado por Fernand Braudel en 1958, pero sobre todo desarrollado en su obra: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, (1976). Junto a Braudel habría que recordar como antecedentes los trabajos de Bloch (1931); Labrousse (1932); Febvre (1953); Ariès (1954); Kondratieff (1959); y más recientemente los trabajos de Bajtin (1970); Mandrou (1975); Chaunu (1978); Vovelle (1978); Le Goff et Al (1988); Le Goff (1991), entre otros.

En ese sentido para poder hablar de la mentalidad del tachirense tendríamos que decantarla incluso desde la antigua Gobernación de La Grita y Cáceres (1576). Planteamiento que no tiene porque ser visto como un reduccionismo regionalista, pues ***“la región histórica debe acoplarse al tiempo colonial y no a la noción moderna de lo que es el***

espacio geográfico regional; en tal sentido ella coincidiría con el territorio de la antigua gobernación del Espíritu Santo de La Grita que agrupaba a Mérida, La Grita, San Cristóbal, San Antonio de Gibraltar, Barinas y Pedraza, y a la cual le podríamos agregar Trujillo, que aunque es parte de la Gobernación de Venezuela y más ligada jurídica y políticamente al Centro (por estar adscrita a la real Audiencia de Santo Domingo) desarrolló desde sus inicios relaciones económicas comerciales con la Sierra y el Piedemonte; Además de compartir características geográficas-culturales similares con el resto de los pueblos andinos.” (Matheus, 1979:19-20). La Gobernación de La Grita y Cáceres fue en un primer momento el centro geopolítico colonial de la andinidad venezolana, pues tenía jurisdicción sobre ***“la ciudad de Mérida y Villas de San Cristóbal y San Antonio de Gibraltar, y cuyos términos, que avanzan al este hasta Timotes, comprendían los pueblos de indios en ellos fundados, y al poniente los de Lobatera, Táriba, El Cobre, Guásimos, etc.”*** (Briceño-Iragorry, 1989, IV: 76). Esta remota división geopolítica más allá de los consabidos litigios de interpolación del Gran Título de La Grita, ha generado problemas que tiene coletazos hasta hoy, ***“en el tiempo, por la dinámica histórica y por las demarcaciones y divisiones político-territoriales a que ha sido sometido el espacio geográfico en referencia -la jurisdicción de la antigua ciudad de la Grita- forma parte del territorio político de varios estados (los pueblos de Guaraque y Bailadores pertenecen hoy al estado Mérida; parte de la zona sur del Lago de Maracaibo pertenece al estado Zulia y toda la zona norte del estado Táchira está dividida hoy en varios municipios). Esto ha generado discusiones en cuanto a la fijación de límites interestadales y municipales.”*** (Lugo, 1998:LXXII). Lo anterior enfatiza la importancia de la comprensión de la historia en el sentido que el maestro Marc Bloch recomendada: ***“comprender el pasado por el***

presente (...) La incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero no es, quizás, menos vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente." (Bloch, 1986:78).

La importancia de Jáuregui como símbolo de integración de la andinidad estriba en que trascendió su lar nativo para volcar sus esfuerzos, tanto en lo religioso como lo pedagógico y lo científico en los tres Estados Andinos. Nació en Niquitao (Trujillo), realizó las primeras experiencias propias de un clérigo en Milla y Mucuchíes (Mérida), y luego se concentró en La Grita (Táchira), el centro de irradiación de sus desvelos.

Sin embargo, el nexo de integración de la región andina se remonta incluso a la época de la Colonia, cuando **«por Real Cédula de noviembre de 1622, al crearse la Gobernación y Capitanía General de Mérida del Espíritu Santo de La Grita, con el territorio de los actuales Estados de Mérida, Táchira, Barinas y Apure, se confió dicho gobierno al trujillano Juan Pacheco Maldonado»** (Briceño-Iragorry, I, 1989, 76). De manera que en manos de un trujillano descansó la gerencia político-administrativa de La Grita en la Colonia, y de manos de otro trujillano -recién constituido el Gran Estado Los Andes- recibió la antorcha del saber para convertirla en la «Atenas del Táchira». Es en el marco de esta historia discontinua que quisiera aproximarme, desde la óptica de la historia de las mentalidades, para intentar decantar el sentimiento colectivo que une a Jáuregui con la andinidad.

II. Jesús Manuel Jáuregui Moreno y la Andinidad.

“Monseñor Jáuregui Moreno es en realidad, el personaje que con mayores títulos podría ser mirado como el signo de unión de la Cordillera, que ni pudo hacer la espada de Araujo, ni menos pudieron realizar los planes políticos de Guzmán Blanco, ni aún la hegemonía del poder nacional ejercido por hombres del Táchira.” (Mario Briceño-Iragorry.)

La visión de Jáuregui Moreno

Es en el marco de esta historia discontinua que quisiera aproximarme, desde la óptica de la historia de las mentalidades, para intentar decantar el sentimiento colectivo que une a Jáuregui con la andinidad.

como integrador de la andinidad no es nueva, tiene sus antecedentes en pensadores connotados, en particular de Mario Briceño Iragorry, quien manifiesta **“Jáuregui Moreno une en forma profundamente significativa los sentimientos más nobles y constructivos de los hombres de la Cordillera. Nació en Niquitao de Trujillo, dió su fruto magistral en La Grita del Táchira, reposan sus despojos en el altivo Mucuchíes de sus desvelos parroquiales. Andino integral, Monseñor Jáuregui Moreno es la síntesis del servicio que da benevolencia a los hombres.”** (Briceño -Iragorry, 1988, I:258)

Jáuregui Moreno ha sido de los primeros investigadores en demostrar la presencia de los andinos en la gesta independentista, porque la andinidad tiene sentido en tanto forma parte de la venezolaneidad. La andinidad es un elemento constitutivo de la mentalidad venezolana. Lamentablemente la historiografía centralista alimentó la tesis de que Caracas es Venezuela. (Cfr. Pino, 1971). La visión descalificadora de cierta historia narrada desde los centros del poder caraqueño ha descalificado sistemáticamente a los andinos; pero seguramente Jáuregui revolcándose en su tumba respondería: **«acaso se olvidan que en Trujillo se firmó la Proclama de Guerra a Muerte y se dió demostración del valor trujillano en Niquitao; o que acaso no “eran los merideños tan decididos patriotas, que Bolívar no**

tuvo que reclutar aquí un solo hombre; más de cuatrocientos del pueblo se le presentaron voluntarios, como también toda la juventud principal de la ciudad pidió servicio a Bolívar, acompañándole desde entónces (sic) en todas sus campañas.” (Jáuregui. 1887: 22) Tan pronto hemos olvidado a los merideños más destacados en la Independencia: **“he aquí los nombres –diría Jáuregui- de algunos de los que se incorporaron a Bolívar: Vicente Campo-Elías, Rivas Dávila, Dr. Félix Uzcátegui, Francisco Jaime y Gabriel Picón, Ignacio Parédes, Félix Parédes, Juan E. Parédes (sic), Antonio Rangel, Antonio León, Joaquín González, Nepomuceno Nava, Leonardo y Faustino Espinosa, Juan N. Sánchez.”** (Idem, 22)

Y que decir de los tachirenses, quienes apoyaron a Bolívar en la Campaña Admirable (1813) no sólo económicamente como lo hizo el padre de La Grita, Fernando José García, sino con sus hombres: **“Juan Nepomuceno Rincón, que llegó a ser Capitán hasta la batalla de Boyacá, donde nada más se supo en concreto de él; Bernardo y José Luis Orozco, hermanos, compañeros de Rincón en numerosos combates, y finalizados respectivamente en los combates de Pantano de Vargas y Pichincha; Isidro Hevia, Gabriel Escalante, Blas José Moreno. También iban los hermanos Luis y Alfonso Rivas, quienes pelearon en Ayacucho al lado de Manuel León en el Batallón Caracas.”** (Castillo Lara. Vol. 2 1973: 179)

La ideas descalificadoras de la Andinidad, y en particular del tachirense, hicieron más mella de lo que pudiéramos pensar, pues fueron sembradas en forma subrepticia desde las tribunas políticas e incorporadas soterradamente en el proyecto del nuevo país que nació a partir del golpe de octubre de 1945. A partir de ese momento ser venezolano implicaba ser anti-andino, vestir de liqui-liqui y bailar joropo con el “Alma Llanera”. El tachirense durante el siglo XX no sólo ha recibido desprecios y humillaciones de parte de los gobiernos de sus mismos pai-

sanos, v. gr: Castro y Gómez, (Cfr. Salazar, 1998) sino del resto del poder central, al respecto nos apunta Pérez Vivas que: **“tres generaciones de tachirenses hemos experimentado los zarpazos que la agresividad venezolana ya desde el pasado siglo en forma de excesos verbales y físico contra las personas y los bienes.”** (Pérez Vivas. 1966: 36).

Hasta hace poco en los libros de Historia de Venezuela no existían los Andes; Bolívar y la Campaña Admirable parecían que nunca hubiesen pasado por este territorio. Fue gracias a la incorporación de las historias regionales y locales, en los Programas Oficiales (Normativo de E. B., 1987), que se comenzó a develar la importancia de los Andes en la Historia de Venezuela.

Esta situación generó en el andino un complejo de vasallaje que lo fue escindiendo y divorciando de sus orígenes; recordemos que fue común encontrar paisanos en el centro del país que aparentaban ser más caraqueños que los caraqueños. Sin embargo, ¿cómo suspiraban por su “pisca andina”, o por su “arepa de maíz pasado por agua caliente”, o el “miche” su bebida espirituosa!. Estos son algunos ejemplos que nos permiten determinar que la Mentalidad no se funda ni se decreta ni se impone, se fragua en la historia lenta, en el tiempo de larga duración; la mentalidad viene calada en nuestra sangre, en nuestras costumbres ancestrales, en nuestras tradiciones, en nuestra manera de vestir, soñar y amar: “se define en la comida y en el lecho, en las fiestas y en la muerte, pero también en sus miedos y en sus perdones. Los andinos suscitaron uno y otro sentimiento”. (Angulo, 1973: 1)

Pero por otra parte, el valor de la Andinidad puesto a prueba ha demostrado que puede ser más gallardo, no en balde la historia política del siglo XX está cruzada por la gestión andina, buena o mala, no la vamos a discutir; lo que cuenta es su presencia en el nivel central, y su manifiesta preocupación por la consolidación del Estado- nación venezolano.

El hombre andino no existe

...la Mentalidad no se funda ni se decreta ni se impone, se fragua en la historia lenta, en el tiempo de larga duración; la mentalidad viene calada en nuestra sangre, en nuestras costumbres ancestrales, en nuestras tradiciones, en nuestra manera de vestir, soñar y amar...

como una entelequia a la cual se puede acceder a voluntad, la Andinidad no puede ser aprendida conceptualmente como quien toma un curso sabatino; el Ser andino no es una profesión de fe, simplemente se es o no se es por la pertenencia a una sensibilidad colectiva, a una memoria colectiva propia de la andinidad; la designa no solamente las estructuras cognitivas sino igualmente los hábitos psicológicos y morales, las creencias profundas, la visión del mundo y de la vida, así como el dominio afectivo.

Es bueno aclarar que el meridiano es una expresión de la andinidad, que el trujillano es una expresión de la andinidad, y que el tachirenses es igualmente una expresión de la andinidad, pero nunca pretendamos dar a entender que existe un universal de la andinidad venezolana; hay grados de similitud que nos conectan y nos hacen sui generis; somos iguales en la diferencia. Incluso la andinidad tachirenses no es homogénea, hay diferencias en términos de mentalidad entre el hombre de la montaña y el hombre de la llanura; **“los campesinos de estas altas y frías comarcas, en general, tenían poco en común con los tachirenses de los valles y altiplanos del occidente, acostumbrados al tráfico comercial**

y a las diversas actividades culturales de los centros cafetaleros.” (Muñoz. 1985:104).

Ni siquiera La Revolución Restauradora logró unificar al colectivo tachirenses; primero llegó Castro a Caracas que caer San Cristóbal. El sitio de San Cristóbal (1899) se recuerda como un ejemplo de fidelidad del pueblo tachirenses con el Gobierno Nacional, pero además como el único pueblo jamás vencido por Castro. Un testigo de la época nos relata la experiencia: **“el general Juan Pablo Peñaloza, con su defensa de San Cristóbal, tan valerosamente ejecutada, mantuvo la autoridad del Gobierno Nacional (...) Castro venció al Presidente del Estado Los Andes, el general Morales, en la pelea del Zumbador, también rechazó el ejercito del general Fernández en Cordero, y después marchó en triunfo hasta Caracas, pero en esa cruzada, en la que tanto orgullo cifró, la convicción de que el general Peñaloza y los liberales quedaban aportados en San Cristóbal dominando en el Táchira hubo de ensombrecer más de una vez, el ánimo del Caudillo restaurador, al recordar que a sus espaldas, quedaba un enemigo al que no había podido vencer.”** (Montilla. 1988: 85).

El fracaso del Gran Estado los Andes, como expresión de la Unión de la Cordillera, revela la difícil fusión de la Andinidad venezolana; a pesar de que la idea fue celebrada inicialmente: **“la Legislatura del Estado, en sus actuales sesiones, ha dado un paso honroso y que revela alto pensamiento, al expedir el decreto que trata sobre un pacto de unión de los 3 estados de la Cordillera, Trujillo, Guzmán y Táchira. ¡Quiera el cielo que ese pensamiento se acoja con sinceridad!. Estados microscópicos, como los nuestros, no pueden subsistir honorablemente, sino que á (sic) lo más viven la vida del joven decrepito por causa de una enfermedad crónica: esto es vegetar.”** (Pulido. Diario El Tachirenses. S/C, julio 15 de 1878)

Cuando hablamos de Jáuregui como el símbolo de integración de la andinidad no queremos significar

que ex profeso fundó la mentalidad andina, sino que sus obras permitieron unir algunas maneras de hacer y de sentir entre los pobladores de la montaña venezolana, el símbolo de la integración lo podríamos definir como lo que une a Jáuregui con el campesino de Niquitao, lo que une a Jáuregui con el hombre común de Mérida, o lo que une a Jáuregui con el último de los alumnos del Colegio Sagrado Corazón de Jesús; si es posible encontrar puntos en común entre esos tres espacios entonces podremos decir que es posible hablar de una Mentalidad Andina, por diversa o conflictiva que sea. La mentalidad no tiene por qué ser un elemento homogeneizador puro.

Evidentemente que la existencia de una cultura andina, en el sentido que lo es la cultura alemana, no la tenemos pero sí queremos apuntalar que entre los andinos del Táchira, Mérida y Trujillo hay un imaginario colectivo en común que hunde sus huellas en el tiempo de larga duración.

III. Jáuregui y Castro: Dos personalidades convergentes en la unión de la andinidad pero divergentes en la concepción política.

En el Táchira el defensor y símbolo de unión de la Cordillera fue Mons. Jesús Manuel Jáuregui, desde la Dirección del Colegio Sagrado Corazón de Jesús, aspecto que Briceño Iragorry reconoce al significar que **"Monseñor Jáuregui es, en realidad, el personaje que con mayores títulos podría ser mirado como el signo de unión de la Cordillera."** (Briceño-Iragorry, 1957:258) Pero el General Cipriano Castro también tenía esa misma visión cuando se juramentó como Gobernador de la sección Táchira, pues en el Discurso inaugural de su magistratura expresó: **"dispongamos también de gran suma de patriotismo, para ponerlos al servicio de la conservación de la paz, y de la buena armonía, no digo solo entre los tachirenses, sino entre los hijos de los grandes y empuñados Andes"**. (Discurso de Castro. S/C. 18 de enero de 1888. Cfr. Contreras, 1997: 88)

Evidentemente que la existencia de una cultura andina, en el sentido que lo es la cultura alemana, no la tenemos pero sí queremos apuntalar que entre los andinos del Táchira, Mérida y Trujillo hay un imaginario colectivo en común que hunde sus huellas en el tiempo de larga duración.

Pero este punto que tanto unió a Jáuregui con Castro se rompió en 1899, en el inicio de la Revolución Restauradora, cuando Mons. Jáuregui manifestó **"he juzgado que no debo ejercer la mediación que he ido a ofrecerle en tal sentido, porque sería tiempo perdido y nada decoroso para mi carácter (...) Le ofrezco de nuevo mi mediación pero tan solo para negociar una capitulación honrosa que ponga término a tantos males de un modo decoroso tanto para el Gobierno de la Nación como para usted y los suyos."** Jáuregui. Carta al General Cipriano Castro. Lobatera, 23 de julio de 1899. (Cfr. Boletín del Archivo Histórico de Miraflores. No. 6, mayo-junio de 1960). Ante esta situación Castro arremetió sin ningún espíritu de tolerancia, como el que había manifestado en 1888, cuando afirmaba que **"Ardua es la tarea de decidir y compactar los ánimos a favor de tan sublimes y nobles ideas, después de la situación tan azarosa porque hemos atravesado, y necesitándose como se necesita, de elevarse el hombre sobre el nivel de la humanidad, despojándose de la capa carnal y sacudiendo el espíritu de las pequeñeces con que de ordinario se impregna aquella, para remontarse en alas de cuanto hay de verdaderamente grande, en busca de su real destino y del fin póstu-**

mo para que al Creador plugo destinarla en sus impenetrantes arcanos." (Discurso de Castro. S/C. 18 de enero de 1888. Cfr. Contreras, 1997: 88).

El Cipriano Castro de 1899, era otro, y sin ninguna espera respondió **"la comisión que Usted preside no tendrá más acceso en este campamento (...)"** (Carta de Castro a Jáuregui. Borotá, julio 23 de 1899). En la misma misiva manifiesta que la gesta que emprendía **también era una guerra Santa: "Señor Doctor: cuando se empuña la bandera de la legalidad; cuando la Causa que se sostiene y defiende con las armas en la mano es la Causa de la Justicia y de la Libertad de los pueblos, la sangre que se derrame no recae sobre el agredido sino sobre el agresor o agresores; y es muy sensible que usted, en lugar de sustentar esa Causa Santa que es también la causa del Cristianismo, venga a anatemi- zarla."** (Idem.)

Cualquiera que lea esta Carta haciendo abstracción de la obra de Jáuregui, pudiera pensar que era un cobarde conservador y anti-liberal. Lo cierto es que Jáuregui tenía bien claros los conceptos de pueblo, soberanía popular y responsabilidad social. En La Sultana del Zulia, expresaba: **"si el arte de la política consiste en engañar siempre, como lleva por lema en las prácticas administrativas algunos magistrados (...) porque el pueblo puede ser oprimido, despojado; pero engañado no, no! Al pueblo nunca se le engaña aunque sufra. La historia habla después; y el tiempo hace justicia."** (Jáuregui, 1889: 101)

El temor de un baño de sangre entre sus hermanos marcó su distancia con la Revolución Restauradora. A partir de ese momento la vieja amistad con Castro entró en crisis hasta el punto que le significó la cárcel en el Castillo de San Carlos, del 21 de julio al 04 de agosto de 1900, y más tarde el exilio. (Carta del General Cipriano Castro al Sr. Gral. Rafael Arias. Caracas, 4 de agosto de 1900. Boletín del Archivo Histórico de Miraflores. No. 6, 76).

Hoy después de 100 años se reencuentran Jáuregui y Castro, por-

que en ese momento las pasiones pudieron más que las razones. Hoy los rescatamos no sólo porque sus acciones siguen siendo una enseñanza sino porque sus pensamientos contienen una moraleja: quien por la vida, por la patria, por la fe y el amor vive no puede considerarse muerto. Jáuregui y Castro hoy viven en cada uno de nosotros. Cada vez que rompamos el silencio y la apatía comenzamos a vivir de nuevo. ¡Ojalá! Que sirva para replantearnos la necesidad de mirar sobre nosotros mismos. Creemos que es necesario recuperar en el presente y sin complejos los fragmentos de pensamiento que puedan arrancársele al pasado.

IV. Jáuregui y La Grita.

Acudimos a nuestra historia no para hacer un desfile de fechas y autores sino para potenciar los valores de la “raza cósmica” de la que habló Vasconcelos, y que al decir de Antonio Arellano Moreno: **“no muere porque ha sido cincelada y educada por dos voluntades que no saben rendirse** (Don Francisco de Cáceres su fundador- y Mons. Jesús Manuel Jáuregui –la antorcha de la educación gritense-) **porque es cuna de héroes, asiento de revoluciones, forjadora de caudillos, formadora de generaciones. Y esto es savia que nutre y alienta. Y por eso entre sus montañas y sus ríos, conserva su frescura anímica, su limpidez espiritual, su ambición de grandeza.”** (Antonio Arellano Moreno. Prólogo. Lucas Castillo Lara. La Grita la ciudad que grita su silencio. 1973, XV).

El 11 de octubre de 1810, fecha en que La Grita firmó su adhesión con la Independencia, no puede ser analizado como un hecho fortuito en la historia de La Grita, sino que debe leerse en el sentido retro-progresivo, el presente por el pasado y el pasado por el presente. La Grita nace como ciudad producto de una manifestación de independencia. Cuando Don Francisco de Cáceres funda la Gobernación de La Grita y Cáceres, concedida por Real Cédula del 26 de mayo de 1588, es por una necesidad profunda de independencia y autonomía.

Hoy, Jáuregui y lo jaureguino no significan un nombre sino una manera de ser, sentir y de actuar; es un sentimiento que está en La Grita pero que llega hasta Mérida y Trujillo, casi podríamos decir que forma parte del inconsciente colectivo andino.

Independencia respecto del Corregimiento de Tunja y autonomía para poder consolidar el espíritu de un pueblo que en la historia es revolución. Revolución con los Comuneros de Juan José García de Hevia en 1779, movimiento que llegó a tener repercusiones en el Virreinato de Santafé de Bogotá, concretamente en El Socorro.

Pero también revolución con Bolívar y la gesta Independentista en la Campaña Admirable del año 1813. Y la gesta revolucionaria entre las revoluciones, como es la revolución de la Razón y del espíritu con Mons. Dr. Jesús Manuel Jáuregui en el Colegio Sagrado Corazón de Jesús fundado en 1884. Allí se formó una generación que a la postre fueron los intelectuales orgánicos que tuvieron una presencia determinante en la Revolución Restauradora encabezada por Cipriano Castro en 1899.

En La Grita, del Colegio Sagrado Corazón de Jesús egresó una élite intelectual que tuvo repercusiones en los diferentes estratos nacionales; **“todavía en esta región de los Andes se recuerda con cariño y gratitud, a aquellos grandes párrocos que fueron: Pedro María Morales en Lobatera, Ramón Mora en Seboruco, Ignacio Moncada en Queniquea, Lucio Becerra en Michelena, Bernabé Vivas en Santa Ana, Maximi-**

liano Escalante en La Grita, José del Carmen Reina en San Antonio, Juan de la Rosa Zambrano en EL Cobre, Escolástico Duque, Apolinar Granados, Adonái Noguera, Ramón Angulo, Amable Escalante, Mons. Buenaventura Vivas (...) Escritores y poetas; Dr. Emilio Constantino Guerrero, Dr. Diógenes Escalante, Pedro María Parra, Dr. Vicente Dávila, Epifanio Mora, Dr. Antonio Rómulo Costa... Ministros de Gobierno: Dres. Rubén González, Efraín González, Francisco Baptista Galindo. Gobernadores de Estado: Dr. Gerónimo Maldonado, Abigail Colmenares, José María García. Generales destacados: Régulo Olivares, Román Delgado Chabaud, Félix María Galavís, Rafael María Velasco y sobre todo el Gral. Eleazar López Contreras” (Méndez Moncada. 1998, 7).

La preocupación social de Jáuregui contribuyó a la reorganización de las clases sociales, pues en su práctica pedagógica no discriminó por los modos económicos de sus alumnos, sino que hizo posible que estudiaran en su Centro Educativo familias de las clases menos pudientes; convirtiéndose el Seminario Sagrado Corazón de Jesús en La Grita en el primer antecedente de la Universidad en el Táchira.

La polémica Encíclica de Juan Pablo II, Sollicitudo rei socialis (1987) llamada también la Encíclica de la Preocupación Social tuvo en Jáuregui un antecedente importante que lo consagra como predecesor de la Historia Social de la Iglesia; al respecto comenta uno de sus discípulos Maximiliano Escalante: **“El era inmensamente rico. Acaso el más rico de su tiempo. Pero sus bienes eran casi todos espirituales. Materialmente poseía muy poco. Y ese poco lo distribuyó hasta el último centavo entre las gentes pobres. No se cansaba de dar (...) En su Colegio del Sagrado Corazón había muchos niños que recibían educación y comida sin costarles nada.”** (Maximiliano Escalante, Diario Católico, 1948, 7).

La tradición levítica de La Grita tiene sus raíces en la mentalidad re-

ligiosa que se remonta a la época de la colonia, siendo la fuente de inspiración la venerada imagen del Santo Cristo de La Grita (1610), sólo que a partir de Jáuregui se interiorizó la práctica religiosa con mayor fervor. Durante el siglo XX familias enteras han entregado su vida al servicio de Dios como ministros o siervas, de lo cual sólo tenemos antecedentes en la primera Edad Media cuando familias completas de origen noble entregaron su vida a Dios.

En el marco del V centenario de la Iglesia Católica en Venezuela (1498-1998), merece destacarse que Jáuregui encontró en los archivos los datos del sacerdote que venía con Colón en su III viaje y que celebró la primera misa en Venezuela, **"en esa tierra clásica de Coro, que sustentó orgullosa la primera cruz y la primera iglesia, en donde se celebró por el Revdo. (sic) Padre Juan Pérez, el amigo de Colón, la primera Misa, y (...) ¡prima inter primas! (...) se lanzó también, en su día, el primer grito de Libertad é (sic) Independencia en nuestra Nación"**. (J. M. Jáuregui. 1897, VIII-IX.)

La Memoria Colectiva Religiosa fraguada por Jáuregui generó cambios sociales y culturales, corroborando una vez más la tesis de Max Weber expuesta en La ética protestante y el espíritu del capitalismo (1974), según la cual, la ética religiosa puede realizar transformaciones sociales y no sólo como lo pensó el marxismo desde la infraestructura económica. Una versión andina de la tesis weberiana diría: que si el "espíritu" del capitalismo pudo ser afianzado gracias a la ética profesional del protestantismo, en el caso del Táchira fue la ética católica la que pudo ejercer un proceso transformador de la sociedad a través de una generación con capacidad de ascendencia no sólo a nivel regional sino en los niveles de dirección del país.

Hoy, Jáuregui y lo jaureguino no significan un nombre sino una manera de ser, sentir y de actuar; es un sentimiento que está en La Grita pero que llega hasta Mérida y Trujillo, casi podríamos decir que forma parte del inconsciente colectivo andino.

Lo podemos encontrar en el hombre de pueblo pero también en las instituciones gubernamentales, su epónimo identifica desde empresas de servicios (Taxis Jáuregui, Farmacia Jáuregui, Bodega Jáuregui, Expresos Jáuregui), instituciones (U. E. Jáuregui, U. E. Liceo Militar Jáuregui), hasta municipios y parroquias (Municipio Jáuregui en la Grita –antes Distrito Jáuregui desde 1909-, y Parroquia Jáuregui en Niquitao.)

En Venezuela estamos acostumbrados a introducir cambios e innovar pero sin consolidar las propuestas anteriores y menos tomar en cuenta los aportes precedentes, lo cual ha generado una cultura educativa en la que "no tenemos primer piso." (Mario Briceño-Iragorrry. 1990, 212.)

Esperemos que la tendencia saturniana propia de los venezolanos, y que se define como esa extraña inclinación a devorar y expulsar a los mejores hijos, pueda ser superada por nuestras generaciones de relevo y en su defecto podamos contribuir a potenciar los valores educativos sembrados por Mons. Dr. Jesús Manuel Jáuregui.

Bibliografía

- ALRUIZ de Torres, M. (1992) Rezos y Rezanderos en el Táchira. Ed. BATT: Caracas.
- ANGULO, Alfredo. (1993). Los Andes de Venezuela, un estudio de historia política. Ed. Rectorado ULA, Mérida.
- Boletín del Archivo Histórico de Miraflores. No. 6. Mayo-junio 1960.
- BRICEÑO Iragorrry, Mario. (1989) Obras Completas. Ediciones del Congreso de la República. Caracas.
- CASTILLO Lara, Lucas. (1973). La Grita, la ciudad que grita su silencio. Ed. BATT. Caracas.
- CARDENAS, Horacio. (1978). Las Lomas del viento. Ed. BATT. Caracas.
- CONTRERAS Serrano, J. N. (1997) Cipriano Castro. Gobernador del Táchira. (1888-1889), Tomo I. Ed. BATT. Caracas.
- ESCALANTE, Maximiliano. Diario Católico, 1948, 7)
- HERRERA Luque, Francisco. (1976). En la casa del pez que escupe el agua. Ed. Fuentes. Caracas.
- JAUREGUI, J. M.. (1884). Libro de matrículas del Colegio Sagrado Corazón de Jesús. La Grita.
- (1887). Apuntes Estadísticos del Estado Mérida. Biblioteca nacional de Historia, Caracas, 1987).

- (1889) La Sultana del Zulia. Imp. de la Libr. de A. Bethencourt. Curaçao.
- (1890) Tratado de urbanidad para uso de los Seminarios. Imprenta Tovar, Tovar.
- Geometría Elemental (1892) Imp. del Sagrado Corazón de Jesús, La Grita.
- (1894) El misionero. Poema en un canto. Tip. del Sagrado Corazón de Jesús. La Grita.
- (1897) Introducción a Candelas, Miguel María. Gramática Latina. Imprenta Oficial, Mérida, 1913.
- (1898) El Amor Divino. Impresos del Boletín Comercial, Tárifa.
- LE GOFF, Jacques. (1974) Hacer la Historia. Ed. Laia. Barcelona.
- LUNA Arciniegas, H. (1998). Mons. Jáuregui: Contribución al estudio de su biografía y de las relaciones Iglesia-Estado. Ed. BATT. Caracas.
- MARQUEZ Cairos, Fermádo. (1979). ¡Vienen los Andinos!. Ed. Génesis, Caracas.
- MONTILLA, José Abel. (1988). Fermín Entrena, un venezolano del noventa y nueve. Ed. BATT. Caracas.
- MORA García, J. Pascual. (1998) Jáuregui, el mensajero de los valores. Ed. ULA-Táchira. San Cristóbal.
- (1997) Genealogía de la Mentalidad Regional Tachireña. En Rev. Logos. No. 41, San Cristóbal.
- MUÑOZ, A. G. (1985). El Táchira fronterizo. Ed. BATT. Caracas.
- OROZCO, Fidel J. (1948) Bases de la Campaña Admirable.
- PEREZ Vivas, Antonio. (1966). Psicología tachireña y desarrollo. Ed. Peña Literaria "Manuel Felipe Rugeles", San Cristóbal
- PORRAS Cardozo, Baltazar. (1992) El Ciclo vital de Fray Juan Ramos de Lora. Ed. ULA, Mérida.
- RANGEL, Domingo Alberto. (1980). Los andinos en el poder. Ed. Vadel Hermanos. Valencia.
- SALAZAR, Temístocles. (1997) El General Eustoquio Gómez y el socialismo en el Táchira. Ed. BATT: San Cristóbal.
- VILAR, Pierre. (1980) Introducción al vocabulario del análisis histórico. Ed. Crítica, Barcelona-España.
- WEBER, Max. (1974) La ética protestante y el espíritu del capitalismo.

José Pascual Mora García
(Docente investigador -filósofo(UCV)
Dr. en Historia (Universidad Santa María de Caracas). Adscrito al Departamento de Pedagogía (ULA-Táchira), doctorando en Educación en la Universidad Roviri Virgili. Coordinador del Grupo de Investigación de Historia de la Educación Adscrito a ADG-2000 ULA-CDCHT-Mérida.

e-mail: pascualmora@cantv.net

Fecha de recepción: junio 2001
Fecha de aprobación definitiva: septiembre 2001